

FRAGILIDAD DEL VÍNCULO SOCIAL Y CLAUSURA DE ESPACIOS SIMBÓLICOS DE PERTENENCIA. JÓVENES ENTRE LA CRUELDAD Y LA LEY

EMMA RUIZ MARTÍN DEL CAMPO.

Universidad de Guadalajara, México.

emmaruiz0808@hotmail.com

ABSTRACT: Los jóvenes de principios del siglo XXI, sobre todo los que viven en países pobres, experimentan día a día una situación de decadencia económica y social que les genera desesperanza e inseguridad. Siendo producto de una profunda privación cultural y psíquica, algunos de ellos se agrupan y crean estrategias de supervivencia y solidaridad que van desde expresiones creativas, por ejemplo en la música, hasta formación de bandas, que caen muchas veces en luchas marcadas por el salvajismo y la crueldad. Otros se quedan más solos y marginados, podríamos hablar de ellos como los “sin lugar”, los desechados de sociedades dominadas por un mercantilismo que convierte a los sujetos en mercancía. Expulsados de todo espacio simbólico de pertenencia, caen en procesos de desintegración radical que los llevan al consumo de drogas, la criminalidad, el abandono y la muerte. Las álgidas cuestiones que se abren en el panorama juvenil actual, nos llevan a reflexionar sobre el papel que juegan la culpa, la asunción de la ley y la figura del semejante en los procesos de subjetivación.

I.- ADOLESCENTES Y JÓVENES EN LAS SOCIEDADES POSMODERNAS

La adolescencia actual es un periodo que en las sociedades occidentales se ha alargado y que en ocasiones parece tener difícilmente una salida, dado que existen escasas oportunidades de trabajo e integración a la sociedad con un quehacer útil y creativo. La adolescencia prolongada ocurre en el contexto de un orden mundial de progresiva globalización, en el que los Estados-nación han ido perdiendo su lugar rector

frente a un mercado que se impone para establecer formas de organización donde la economía, la ley de la oferta y la demanda, la búsqueda del rendimiento y la mayor ganancia posible de los emporios transnacionales, inciden en las formas de vida de los sujetos de la llamada posmodernidad.

El mercado no proporciona un orden simbólico articulador que sirva de contención a los sujetos (exigencia sine qua-non de la subjetivación). Su apuesta es por la optimización de las ganancias de los monopolios y los grandes capitales. Los jóvenes, en vías de acceso a la ciudadanía, no se encuentran con una lógica coherente de derechos y obligaciones sociales, sino más bien con un consumismo a ultranza, que no se somete a las leyes de regulación de las relaciones y vínculos entre los humanos. Incluso la sexualidad se ha convertido hoy día para muchos en un producto de consumo, pero lo que se compra, se vende, se consume, no produce un placer con raíces emocionales profundas. El mercado genera la ilusión de que el otro es prescindible, de que el bienestar deriva de la capacidad de autogestión, no del lazo social. Comunica el mensaje de que lo necesario es una serie de productos para mejorar la imagen: gimnasia, consejos de belleza, un “look” vendido como maravilloso, etc., que se supone permiten competir con posibilidades de “éxito” en el “mercado de las relaciones” como es escenificado en tantos “reality shows” juveniles televisados. El mercado pretende poner a un mismo nivel el tener un amigo o un novio que un coche. Se minimiza la significación de fundar la autoestima, la confianza en la propia importancia, en los sentimientos y afectos que experimentamos por los otros. La actitud consumista que se promueve entre los jóvenes contiene mensajes implícitos que hacen soñar de un lado con éxitos presentados como maravillosos, y del otro con la fantasía de eliminar sufrimientos, de crear paraísos imaginarios. El supuesto consumista es que todos los satisfactores son comprables y que por ende están al alcance de cada sujeto que los necesita, eliminando el riesgo, el azar de las heridas que podrían infringirnos los otros a los que amamos y necesitamos. No sólo la sexualidad y el éxito, hasta el amor, es presentado como mercancía obtenible a la par que otros productos o en adición a algunos de ellos.

En las sociedades regidas por el mercado, el acelerado desarrollo tecnológico ha puesto a la televisión, al Internet, al teléfono celular y a otras herramientas electrónicas, en un papel central como medios informativos y de comunicación. La accesibilidad de tantos datos sobre lo que ocurre hasta en los rincones más recónditos del planeta y la rapidez con que llegan, han trastocado los antiguos esquemas de espacio y tiempo. Además se ha roto parcialmente la separación del mundo de niños, jóvenes y adultos, que a partir del siglo XVII se venía estableciendo. La autoridad de padres y maestros fungía todavía hace unas décadas como filtro de la información que llegaba a los adolescentes, lo que ya no ocurre actualmente. Los jóvenes no sólo tienen acceso por sí mismos a la información que desean, sino que en muchos casos, son más hábiles que los adultos en el manejo de unas herramientas electrónicas que conocieron y aprendieron a usar desde la infancia. La resultante de todo ello, es que muchos adolescentes quedan en buena medida abandonados a sí mismos para el procesamiento e información de los datos que reciben.

En una aparente paradoja con esa yuxtaposición informativa del mundo de jóvenes y adultos, del mundo interconectado electrónicamente, vivimos en una época en que las cosmovisiones, actitudes y expectativas de los dos grupos están más distantes que nunca. Entre la generación de los viejos y la de los jóvenes hay una ruptura sin precedentes.

Beatriz Sarlo (2001) asienta que ha sido clausurado un espacio simbólico de pertenencia, que operó como marca de la constitución de las subjetividades durante la primera mitad del siglo XX. Ha habido una caída de referentes claros de identificación, una drástica disminución de espacios para la convivencia de grupos con identificaciones vinculantes, de lazos sociales firmes y duraderos. Se han diluido discursos que se ocupen de interpelar, nombrar, convocar a los sujetos, asignándoles un lugar en la trama social y habilitándolos para la constitución de sus propias metáforas. Estamos más solos que antes en la búsqueda de sentido para nuestras vidas, y esto, para los adolescentes que atraviesan esa etapa de la existencia que es experimental, de búsqueda de tribunas de expresión, de exploración para la gesta de un proyecto

creativo, implica una mayor vulnerabilidad, falta de asideros sólidos para aprender a pararse sobre sus propios pies.

Maffesoli (1990), habla de la necesidad de nuevas vías para explicar lo social en la posmodernidad. Opone un paradigma estético, que tiene una influencia importante en los jóvenes del siglo XXI, al racional que prevalecía anteriormente. Justifica tal requerimiento porque las formas de conocimiento intuitivo y emocional han ido ganando terreno a las formas de conocimiento lógico y racional. Habla también de que los sujetos posmodernos hacemos permanentes giros en nuestras pertenencias a grupos y por ende en nuestras identificaciones, que son más abiertas, fluctuantes y cambiantes: “La persona –dice- se identifica con un rol, representa, es una máscara”. En relación a los adolescentes, Maffesoli asegura que, ante la crisis de valores de la sociedad moderna occidental, están plasmando en su cuerpo, en sus prácticas, en sus saberes y en sus narrativas, la dramática de las preguntas acerca de sí mismos, de su inserción en el mundo, de los posibles futuros, de la incertidumbre y la crisis mundial.

Martín Barbero (2002) alude al cambio en lo que denomina “la naturaleza del proceso” en las conformaciones grupales: se crean comunidades híbridas, muchas de ellas de carácter provisorio, en las que se mezclan sujetos de tradiciones culturales muy diversas que emigran, no sólo en el espacio, sino, podríamos decir, en el tiempo, viéndose obligados a compartir ciertas leyendas y la carencia de modelos y proyectos viables para el futuro. En cuanto a las instancias de influencia social que afectan a los jóvenes, asegura que lo que hay de nuevo hoy en la juventud es la percepción aún oscura y desconcertada de una reorganización profunda de los modelos de socialización, pues los padres han perdido peso como modeladores del comportamiento de sus hijos, la escuela compite con otros medios como productora del saber y el libro es ya sólo una herramienta entre muchas posibles para acceder a la información.

Hijos de la cultura audiovisual, los jóvenes construyen su discurso con narrativas no lineales y no secuenciales, producto de su interacción con las tecnicidades que hoy les permiten leer y escribir de acuerdo a la lógica hipertextual.

La cultura mediática conecta con aquello que se ha dado en denominar sociedad posmoderna. Esa sociedad hedonista que encuentra en el simulacro (Baudrillard, 2002) gran parte de su especificidad. Muchos de los modelos normativos culturales que prevalecen actualmente, carecen de normas inteligibles, verbales y racionales y están saturados de estereotipos estéticos y comportamientos acrílicos (Avello y Muñoz, 2002).

El velo de seducción el que los medios envuelven a los sujetos es sólo en apariencia inocuo. Contiene un mandato que pretende hacer actuar a los jóvenes de acuerdo a tres patrones: obedece, sé tú mismo y calla. Los medios ofrecen muchos patrones a seguir en el caso de que se quiera conseguirse el éxito social, y ofrecen concursos y programas para convertirse en cantantes de moda, deportistas, actores, modelos, etc. Parte del engaño consiste en que es una mínima parte de jóvenes la que tiene acceso a tales posibilidades.

Los jóvenes del siglo XXI parecen abandonados a una suerte de indefinición social. No tienen voz, no encuentran un lugar en el quehacer social, sino como objeto y como mensaje, pero muy rara vez como sujeto (Avello y Muñoz, 2002).

II.- LOS JÓVENES “DESECHO”, LOS EXPULSADOS

Se unen entre sí como buscando un resguardo, no sólo contra el hambre y el frío; contra las horas huérfanas, las del profundo desamparo, el dolor y la soledad, las de la rabia que anida en las entrañas cuando sienten el vacío del vértigo, el clamor de un grito que se pierde entre las brumas del olvido. E. R.

Los niños, adolescentes y jóvenes que luchan por la supervivencia están dejados a sí mismos en un mundo que tiene para ellos el sabor de la crueldad y la amargura de

la ausencia de los otros. No hay adultos que velen por su bienestar, no existen instituciones que les den acogida, orientación, tribunas para gestar un proyecto de vida en lo mediato y avizorar esperanzas para el futuro.

Si, como veíamos en el apartado anterior, los jóvenes del siglo XXI carecen en general de los suficientes espacios simbólicos de pertenencia, ¿qué podremos decir de estos niños y jóvenes de la calle, de la soledad extrema, de “los sin lugar”? Troquelados en la crueldad y el desamparo, buscarán diversas formas de protesta cuando logran organizarse y protegerse entre ellos, o sucumbirán a la desgracia de su abandono extremo, a través de las drogas, el suicidio, el delirio o la criminalidad.

Formar grupos y bandas es uno de los recursos de los niños desprotegidos por padres e instituciones. Buscan maneras de reunirse para sobrevivir, en cierta medida se cuidan unos a otros. Pero, observados de cerca, los grupos de niños callejeros y las bandas, son formas de reunión que promueven cercanía y pretenden volver sensible la pertenencia. Los individuos se reúnen para cubrir un vacío, para intentar suplir con sensaciones la falta de los padres benévolos, hospitalarios, la carencia de legitimidad en el espacio social que los expulsa y censura, la ausencia de ley que los proteja y de responsabilidad adulta que vele por su salud y por su vida. Reunidos en grupo, estos niños y jóvenes forman “hermandades” a la búsqueda de la supervivencia, de drogas que calmen su dolor extremo, de formas de actuar el exceso de desesperación y agresión acumuladas.

¿Qué condiciones igualan, a pesar de los diferentes destinos, a los niños y jóvenes posmodernos de diferentes capas sociales? ¿Qué situaciones actuales promueven la desimbolización, la fragilidad de los vínculos y qué recursos podemos enunciar, indispensables para la revaloración y el cultivo del lazo social?

III.- INVALIDEZ, ACOGIMIENTO AL OTRO, DUELO, DESEO, LEY

Partiendo de una distinción estipulada por Francisco Pereña entre violencia y crueldad, bordaremos en torno a la diferencia de ambos conceptos y las situaciones a

las que apuntan. La violencia es la marca que ejerce en los humanos la salida del reino de lo natural para ingresar al de la cultura. Nacidos como criaturas al extremo dependientes, nos vemos obligados a ir fraguando controles que pliegan nuestros deseos a los requerimientos sociales. Pagamos una cuota de displacer a fin de formar parte de un colectivo que nos protege y nos hace sentir pertenecientes.

Violento es el traumatismo de la insuficiencia para sobrevivir sin la protección del otro. Lo excesivo nos inunda, cuando siendo pequeños o débiles ese otro nos retira su apoyo. Violenta es la renuncia inevitable, el tener que actuar muchas veces contra nuestros impulsos por respeto y consideración al otro y al Otro con mayúscula integrado por el lenguaje, las instituciones, la ley, la cultura.

Pereña nos dice: "La violencia es el padecimiento de la experiencia traumática. La crueldad es el modo como la violencia se convierte en razón de un orden y de una venganza". (Pereña, 2004: 23)

Lo violento del trauma que para el humano se inicia con el nacer, exige una organización social que haga posible la vida, pero que se gesta en un juego dialéctico en que las relaciones intersubjetivas fácilmente desembocan en crueldad. La utilización del otro, su dominio, su mercantilización, las instituciones totalitarias, son formas de buscar anestesia, de negar la distancia infranqueable que nos separa de la inmediatez del refugio uterino, de brazos cuidadores, de colectivos protectores. La adquisición del lenguaje y la inserción en la cultura, a la vez que nos alejan de ese contacto cálido y sensible con el otro, nos posibilitan el acceso a él a través de mediaciones, de negociaciones, pero implican también el riesgo del desconocimiento de ese otro como semejante, de su sometimiento, su instrumentalización.

¿Cómo resistirnos a la mercantilización de los otros, a su conversión en objetos de consumo? ¿Cómo reconocer a los otros y ser reconocidos por ellos como semejantes?

El consumismo nos lleva a acumular objetos a costa de un sentido de la vida basado en proyectos creativos, relaciones amorosas con los otros, participación activa

en el quehacer cultural. Cada vez son menos numerosos los sujetos que fraguan los destinos del mundo y más los que caen en la impotencia y la inmovilidad.

La crueldad condena al otro, aniquila su deseo para poder someterlo al goce y las necesidades del dominador.

¿A dónde vamos si seguimos acentuando la crueldad, rompiendo límites deseables en el manejo de nuestro medio ambiente, si nos perdemos como sujetos alineándonos en el amaestramiento y la irreflexividad, si pretendemos huir de nuestras angustias tratando de cubrirlas con sometimiento de los otros o a los otros. ¿De dónde es todavía posible colgar nuestra esperanza, qué sentidos, proyectos, vínculos sociales podemos fortalecer?

Para buscar un contrapeso a la tendencia al desconocimiento del otro como semejante, tendríamos que impulsar lo que Anthony Elliot (1998) llama el “barrido reflexivo”, el indagar sobre la materia de la que estamos hechos como humanos, la torpeza con la que hemos llegado a algunas de nuestras realidades sociales actuales y las posibilidades que aún nos quedan de hacer virar el destino de la especie hacia un futuro más prometedor del que actualmente se vislumbra.

En cuanto a la gesta de subjetividad lo que puede salvarnos es el encuentro con el otro sin pretensiones de posesividad y aniquilamiento, reconociéndolo como semejante al asumir una ley que nos atraviesa por igual

IV.- CULTURA, TRANSGRESIÓN, ASUNCIÓN DE LA LEY

Como ya lo enunciamos más arriba, nos constituimos como sujetos a través de nuestra articulación al orden simbólico de la cultura, que eventualmente nos permitirá hallar el camino hacia la significación de nuestro ser y de nuestro lugar en lo social. El sujeto se perfila a lo largo de su historia de vida en la interacción con los otros y en la inmersión en su mundo cultural. Pero la pertenencia a la cultura tiene un costo. Hemos de renunciar, transformar, postergar muchos de nuestros impulsos, antojos, tendencias,

pasiones. Ya Freud en “El Malestar en la Cultura” habla de la cuota que hemos de pagar los humanos por nuestra pertenencia a la cultura.

La ley, como estructura jurídica tendiente a mantener un orden social, se relaciona en múltiples planos con la ley en tanto asunción de un orden subjetivo que nos mueve a desear, mantenernos anhelantes. No nos es dable “completarnos” con los otros, negar la fractura, el abismo insondable, el paraíso perdido para siempre. Y sin embargo, ese deseo mismo nos mueve una y otra vez a la violación de la ley. Afirma Braunstein: “Es verdad que la Ley ordena desear. Pero el deseo (...) se presenta como transgresión, el deseo del delito es el delito del deseo (...) y la conciencia nos hace a todos culpables; la vida se yergue en el suelo fecundo de la culpa, la existencia es transgresora, criminal”. (Braunstein, 1990: 219).

En el camino de la asunción de la ley, es deseable que el sujeto logre tener una distancia crítica y reflexiva tanto en torno a sus acciones, como a los mandatos institucionales y culturales. La distancia crítica y el barrido reflexivo posibilitan la subjetivación, la asunción de la responsabilidad de nuestros actos y sus consecuencias. Tal distancia crítica es deseable también frente a los mandatos institucionales y culturales, pues no siempre las exigencias jurídicas son necesariamente las mejores respuestas a nuestra realidad humana (Reflexionemos acerca de los pocos sujetos que durante el nazismo pudieron posicionarse críticamente y tomar distancia de las fantasías omnipotentes, totalitarias, de grandeza, ocultadoras de la angustia y la falla irremediable, la imposibilidad de colmarnos). Poder decir “no” a un orden cultural determinado, un no basado en la distancia crítica y reflexiva, es también poder dar un “sí”, cuando lo juzgamos pertinente, partiendo de la asunción de nuestra subjetividad.

La dialéctica de aceptación de la ley habría de implicar no tomarla como mandato externo del que no se puede escapar, como única vía para evitar el castigo, habría de suponer barrido reflexivo, subjetivación: asunción de culpa, responsabilidad y por ende sanción como cuota liberadora.

Son varios los procesos que posibilitan la elaboración de nuestra inevitable realidad de transgresores. El jurista Legendre, citado por Gerez asevera: “...Es

importante el lugar del rito, las liturgias, que en tanto escenificaciones del proceso, procuran una semiosis de los montajes de la cultura, ya que posibilitan al reo subjetivizar su falta, declarar su implicación en el crimen, y de esa manera *socializar la culpa*, esto es, hacerse responsables y dar respuestas en la penalización y en los compromisos con las instituciones y la sociedad a la que pertenecen. Esta es la única manera de no dejar la culpa en *estado mudo*. Se trata de hacer circular la palabra por el campo de lo simbólico y lo imaginario. Si el sujeto queda desimplicado, lo único que se hace es promover la desubjetivación, ya que tal sujeto queda sin referentes simbólicos que le permitan deliberar sobre su falta". (Gerez, 2006: 54).

V.- "RÍO MALDITO"

Las ideas que venimos desarrollando se ilustran con el ejemplo de la película "Río Maldito". Dirigido por Jacob Aaron Estes, el film escenifica la álgida realidad de la crueldad, puesta en práctica por jóvenes un tanto dejados a la deriva por las autoridades escolares. La mayoría de los padres (a excepción de los de uno de ellos, que se nos muestran como sensibles y cercanos al hijo) aparecen también apenas como telón de fondo. El escenario es el estado estadounidense de Oregon, su espectacular paisaje. El drama comienza cuando George, un chico con dificultades de aprendizaje, golpea a Sam, porque éste se acercó a curiosear su cámara de video. Este objeto tiene para George, como nos lo va haciendo ver el desarrollo de la película, un valor muy especial. Siendo un regalo de la madre, suple fantaseadamente los deseos de atención, de cuidado, de cariño que no son satisfechos por una mujer demasiado ocupada en ella misma. Sam comparte su disgusto por el incidente con su hermano Rocky, quien por su parte le cuenta a Marty su amigo lo acontecido. Traman un plan. Invitarán a George, bajo el supuesto de que es el cumpleaños de Sam, a festejar al río y una vez que él se haya desnudado para nadar, se llevarán su ropa, obligándolo así a regresar desnudo hasta su casa. Clyde, otro amigo, también participa y Milly, la novia de Sam es invitada por éste al paseo, sin que ella tenga idea de lo tramado. Citaré

algunas frases de la película y narraré algunos trozos de la misma, para luego discutir la implicación de los diversos jóvenes en el acontecer, el desenlace accidental dramático de los hechos y las experiencias y decisiones ante lo ocurrido.

George (cuando descubre a Sam curioseando sus cosas y lo ataca): “Te mataré, te dije que nunca tocaras mi cámara”.

Sam (dirigiéndose a su hermano): “Rocky, debes hacer algo al respecto. Puedes llamar a la policía”. A lo que Rocky responde: “La policía no haría nada”.

Milly (mientras consuela a Sam por lo ocurrido): “No sé por qué los maestros lo dejan salirse con la suya. Si al chasquear tú los dedos, él muriese, ¿los chasquearías?”

George (hablando consigo mismo mientras se acicala en el espejo y se filma): “Me llamo George, este es el interior de mi mente. Mi madre está haciendo ejercicio, lo hace diariamente. Esta es mi calle...”

George (yendo ya en el auto con todo el grupo): “Tengo problemas de aprendizaje, veo las cosas al revés. Es una variación genética. Soy el futuro de la raza. Un ser superior.

Milly (a Sam mientras caminan hacia el río y cuando le ha pedido que le explique qué traman): “No quiero ser parte de esto. Es sólo un chico, gordo y estúpido. Tiene problemas. Prométeme que no le harán nada”.

Sam (a Rocky tras haber prometido a Milly que impedirá que se lleve a cabo el pan contra George): “Sólo es un chico que quiere amigos. Todos quieren un amigo”.

Rocky (a Marty, el más interesado en que se castigue a George): “Quiero cancelar el plan (...) Recuerda, el plan está cancelado”.

Marty (a Rocky): “Primero me ilusionas. Vengo con unos sobrios que me deprimen, cuando podría estar en casa viendo televisión en sábado”.

Mientras juegan a “verdad o consecuencia”, se da entre George y Marty la siguiente interacción: G. (cuando M. se desnuda para cumplir con lo que le exigen en el juego): “Peludo como un chimpancé. Parecía una rana gigante, pensé que estaba deformado porque es horrible”. M.: “Suficiente”. G.: “¿Eso te decía tu padre?”. M.: “No sabes un carajo de mi padre, si vuelves a hablar de él te mataré, ¿entiendes? (...)”

Desnúdate y échate al río”. M.: “La verdad, bola de grasa, es que te invitamos porque golpeaste a Sam y queríamos darte tu merecido”.

George (a Sam): “¿Eso es cierto?”

Sam (a George): Sí, pero cambiamos de opinión. Nos caíste bien”.

Marty (a George): “Pero yo no cambié de opinión, soy un hombre que cumple sus planes”.

George (insultando a Clyde, criado por una pareja de homosexuales y luego a Marty aludiendo al suicidio de su padre): “Maldita inservible. Chupatraseros, te la pasas pavoneándote con tus papás. Espero que te mueras como los maricas. / Basura blanca de Marty, pito de burro, su cavernícola papá se puso un arma en la boca y desparramó sus sesos por toda la pared. Al principio pensé que era triste, pero después me gustó (Alude repetitivamente al suicidio).

Milly (a George): “Así no se habla, George, cierra la boca”.

Marty pretende lanzar al agua a George, los otros tratan de detenerlo, Rocky lo empuja accidentalmente en el jaloneo y se lanza al agua cuando ve que no sale. Un poco más adelante aparece el cuerpo. La terrible sorpresa es que George está muerto. Milly le da respiración de boca a boca y masaje al corazón, como no reacciona empieza a golpearlo con desesperación hasta que Sam la retira de su lado. Clyde empieza a pedir ayuda a gritos. Sam se aleja un poco y vomita. Milly solloza y le recuerda a Sam cuando hablaron del deseo de que George muriera haciendo ellos un chasquido con los dedos.

Milly (a Sam, tras alejarse a un paraje retirado y él seguirla): “Vete al diablo. Lo que hicimos es imperdonable).

Sam (a Milly): “Tú no hiciste nada”. (La toma de la mano mientras ella llora desconsolada y caminan juntos a encontrarse con los otros en una escena muy conmovedora).

Marty (a Rocky): “Todo tiene una razón de ser”.

Rocky (a Marty): “Cuando él vociferaba yo quería matarlo, y ahora está muerto. Cuando lo maté no quería matarlo”.

Clyde (ante el cadáver de George): “Lo siento, lo siento, lo siento”.

Marty (a Rocky): “Quizá era su hora. Quizá era el destino”.

Rocky (responde a Marty en tono de protesta): “¿Por qué habría de serlo?”

Marty (a Rocky): “Porque todo tiene una razón de ser”.

Marty pregunta si alguien sabe qué hora es. El reloj de George sigue funcionando, todos lo miran. El que porta la marca del tiempo, no puede saber ya más nada y ha dejado de existir en la temporalidad).

Los chicos empiezan a idear cómo van a explicar a los demás lo ocurrido Sam sugiere decir la verdad: jugaban a “verdad y consecuencia” y ocurrió un accidente. Marty se da a la tarea de buscar la cámara y luego exige enterrar el cadáver. Clyde se opone, pero nada puede contra el violento mandato de Marty. Se da entre los dos una disputa con el siguiente diálogo:

Clyde: “Si lo enterramos creerán que lo hicimos a propósito”. Marty: “No parecerá nada: ‘out of sight, out of mind’”. C.: “Quizá eso sea así para ti, estúpido”. M: “Si alguien habla estamos perdidos”. C: “Pero fue un accidente”. M: “Ir a la cárcel es una locura”. C: “Estás loco”. Finalmente Marty se deja ir sobre Clyde para forzarlo a aceptar su plan.

Hacen un pacto de sangre que implica que todos han de guardar silencio. Cuando toca a Milly el turno de hacerse una cortada para ofrecer su sangre, observa con cuidado la navaja y dice que ella no puede hacerlo porque no es seguro. Marty dice que no importa, pues eso es sólo una broma, y acto seguido, empieza a cavar con las manos. Algunos participan.

Milly se muestra desde el principio muy capaz de empatía y responsabilidad ante y por los otros. Sam llora mientras van de regreso.

Marty (a Milly cuando la deja en su casa): “Millie, la palabra es ‘silencio’”. Ella no responde. Entra a su casa y se mira de pasada en un espejo.

Sam y Rocky platican estando ya de regreso en su casa: S: “¡Ojalá supiéramos qué hacer!”. R: “Sabemos qué hacer”. S: “Sabemos qué hicimos”. R: “Debes confiar en mí, soy tu ‘big brother’”. S: “Pero no confío en ti”. Tras del diálogo Sam sale sin responder a Rocky que inquiriere a dónde va.

Se ve Milly en su cama, cubierta con una manta y con la mirada perdida. Ni siquiera se cambió de ropa para irse a la cama. Sam toca por su ventana y tienen la siguiente conversación: M: “¿Qué quieres?” S: “Hablar”. M: “No hay nada de qué hablar, ustedes lo planearon. Yo sólo estaba ahí. Pero no voy a delatarte.” S: “¿Puedo entrar? Milly le da el paso. S: “¿Recuerdas que dijiste que era imperdonable lo que hicimos. Podría ser verdad. No lo sé. No estoy seguro de nada”. M: “¿Qué quieres que hagamos, desenterrar el cuerpo? ¡Está muerto! S: “Cuando terminemos la escuela y seamos profesionistas, ¿cómo crees que será?”

Marty timbra en casa de Rocky y Sam y es recibido por el padre de ellos, quien le indica donde están todos reunidos. Lo invitan a sentarse. Protesta: “Mientras yo me ocupo de lo nuestro, ustedes hacen un club”. Rocky: “Tomamos una decisión. Marty (refiriéndose a su plan de guardar silencio): “Que ya estaba tomada, saldrá bien”. Clyde: “No, no saldrá bien”. Marty: “Es lo único que sirve, todo lo demás es basura” como ellos disienten con su silencio, él añade: “Está bien, váyanse al diablo” y luego dirigiéndose a Rocky: “Me voy lejos de ti, apestas, lo sabes, ¿no?” Y tras la pregunta de Rocky de a dónde irá: “Me iré a México”. Rocky: “No sé qué pensar”. Marty: “Si no sabes qué pensar no deberías estar tomando decisiones”.

En otra escena, el grupo sale de la casa de Sam y Rocky por la ventana, para ir a anunciar a la madre de George la muerte de su hijo. Es Sam quien se adelanta a los otros para tocar. La madre sabe que algo le ha ocurrido a su hijo con sólo ver las expresiones faciales de los chicos.

La cámara sigue a Marty que detiene su auto frente a un supermercado. Lleva un arma y le exige el dinero al cajero mientras dice: “Tranquilo”. Su expresión es de dolor.

Luego se ve a Sam haciendo su declaración ante las autoridades. S: “Decía cosas terribles, cosas que no deben decirse”. Autoridad: “Cuando tu hermano lo tiró al agua, ¿dirías que estaba bajo control o fuera de control?” Antes de que Sam responda, entra otra persona a entregar el video grabado por George, que finalmente fue encontrado. Regresa el entrevistador y Sam enuncia: “Nunca lo había visto tan fuera de control”. Con tal argumento, lo accidental del hecho cobra relevancia.

Nos muestran imágenes del video, que empieza con una toma que George hizo de sí mismo mientras decía: “Dentro de mi mente hay millones de cosas, pero los que no ven mi interior no saben que hay millones de cosas. Pero... un día la gente lo sabrá. Y como nadie puede ver dentro de mi mente, lo sabrá porque es mi plan filmarlo todo, documentar todo lo que soy yo y ponerlo en el jardín para que algún día un extraterrestre lo encuentre... y comprenda.

VI.- LEYENDO ENTRE LÍNEAS. LO LATENTE EN “RÍO MALDITO”

Sam, el chico golpeado, aparece como un investigador de las diferencias, de la crueldad y sus orígenes. Al acercarse a la cámara de George, es como si quisiese aproximarse a él para comprenderlo. Después de haber sido lastimado, pide apoyo a su hermano para castigar a George a fin de que escarmiente, pero busca la medida y argumenta: “si lo lastimáramos seríamos tan malos como él”.

Milly es para Sam la interlocutora deseada, que le permite ahondar en sus reflexiones éticas y reconocer en George un semejante, un chico como ellos, sólo con la diferencia de que tiene problemas de aprendizaje y de socialización.

George se siente solo y excluido, lo que compensa imaginándose grandioso, haciendo tomas de sí mismo con su cámara y tratando de convencerse de que sus diferencias son signo de ser mejor que otros. Añora las relaciones de que carece: a su madre la menciona sólo en cuanto se ocupa de ella misma. La escuela, tanto como su madre, al no ponerle límites y darle orientación, parecen dejar a George abandonado a sí mismo en el terreno de los vínculos amistosos y de su integración social. George no atina a encontrar sentidos para su vida y a explicarse su forma de actuar. Durante el paseo George le pregunta si recuerda cuando lo atacó y si tiene idea de por qué lo hizo, a lo que Sam responde que sí recuerda y añade: “Siempre atacas sin razón”. George encuentra desagradable una respuesta que no le esclarece acerca de cuestiones de él mismo que no comprende y le dice a Sam: “...Es tu cumpleaños, pero cállate”.

Para George es un acontecimiento gozoso el ser incluido en el grupo, el ser considerado un amigo. Y del tamaño de su gozo será la decepción, la furia que se desata en él al constatar que no fue elegido como compañero, camarada, interlocutor, sino que fue invitado para ser castigado. Ello por más que Sam trata de suavizar las cosas explicándole que su actitud hacia él había cambiado, que les había caído bien. La reacción de George, que empieza a insultar, buscando aspectos álgidos de los compañeros, ilustra lo que significan sus reacciones de rabia y de ataque: la defensa ante su soledad, su no pertenencia, su marginación. Se defiende de lo que le duele y le hace sentirse diferente, atacando a los otros también por sus diferencias, por los aspectos en los que son minoría y pueden dar lugar a censura social. Así, se vuelve hiriente con Marty, que es el más vulnerable y a la vez el que insiste en poner en práctica acciones crueles contra George. Le habla con crudeza de que su padre se suicidó y de la forma en que lo hizo. A Clyde lo agrade echándole en cara que sus padres son homosexuales. Clyde se muestra a lo largo de la película como un chico compasivo, pacífico, responsable y una toma nos acerca a la realidad de unos padres cercanos a él, preocupados por lo que le ocurre, por cómo se siente. Así, Clyde deja pasar las agresiones, mientras que Marty se pone duro y exige a George que se desnude y se dé un baño.

Entre los jóvenes se da una disputa ética: Marty es el único que exige seguir adelante con el planeado acto de crueldad, los demás, a pesar de estar indignados por un George que no para en sus agresiones, piden que el juego termine. En el jaloneo, Rocky da un empujón a George, quien pierde el equilibrio y cae al agua. El trauma de haber sido partícipes en el asesinato no buscado del compañero, los vuelve profundamente reflexivos. Marty pide ocultar lo ocurrido. Los otros, representados en la actitud de Clyde, piden dar cuenta de la verdad a la madre de George y a las autoridades. La crueldad de Marty se impone en un primer momento, cuando todavía están bajo los efectos inmediatos del shock. Marty exige silencio, evasión de la responsabilidad, acallamiento de la culpa.

De vuelta en sus casas la reflexión sigue. Milly y Sam se preguntan de nuevo si lo que hicieron es imperdonable y de qué manera podrán vérselas en el curso de sus vidas con lo que ocurrió. Milly tiene más claro que ella no estuvo activamente implicada en lo que ocurrió, pero es leal, amorosa y sigue junto con sus compañeros hasta que llegan a una decisión sobre la mejor manera posible de actuar. Reunidos en grupo, sin la presencia amenazante de Marty, deciden asumir su culpa y su responsabilidad. Experimentan alivio al hablar con la verdad acerca de lo que sucedió. Enfrentan a la madre de George, luego a la justicia, asumen la ley y las eventuales sanciones a las que cada uno pudiere hacerse acreedor. Devuelven a la madre el cadáver del hijo para que pueda darle sepultura, ritualizar la separación, despedirse de él. Por otra parte, haber compartido la experiencia de la vulnerabilidad y la muerte, incrementó en ellos la realidad de sus semejanzas.

Marty, por su parte, opta por la defensividad, la negación: “fuera de la vista, fuera de la mente”, le dice a Clyde para defender su deseo de ocultar lo acontecido. Su actitud representa la ruptura con la ley, la evasión, la elección de una cadena de acciones ilegales. Decide no subjetivar ni socializar la culpa. Se niega a la posibilidad de reflexionar sobre la implicación de sus acciones. Los efectos que esto puede tener en los vínculos sociales se ven en la ruptura de Marty con Rocky, a quien maldice por no apoyarlo en su deseo de encubrimiento. Marty ha elegido el camino del destierro.

La película termina con frases que dan cuenta de cómo George había vivido con el profundo sentimiento de ser incomprendido. Lo habitaba una sensación de exilio del vínculo social, de la cultura humana, al grado de que sólo un no-semejante, un extraterrestre, como él mismo se sentía, sería capaz de comprenderlo. ¡Terrible!

VII- A MANERA DE CONCLUSIÓN

Vivimos la era en que los sujetos estamos siendo abandonados por las instituciones protectoras y sometidos a las que demandan la desubjetivación consumista.

Nos encontramos más solos que nunca en la tarea de producción de sentido para nuestras vidas. Los jóvenes, desvinculados en menor o mayor grado de los adultos, son fácil presa de la crueldad, de la confusión, de las drogas, de la destrucción propiciada por otros o por ellos mismos.

No tenemos, como sujetos, grandes soluciones para transformar directamente el ámbito macrosocial. Nos queda la opción de aportar pequeñas soluciones: El punto de partida de las mismas sería crear células de encuentro y de gesta de lazo social donde los jóvenes se sientan pertenecientes.

¿Cómo imaginar esos lugares de encuentro?

- Como ámbitos de reconocimiento del otro como semejante, propiciado por la asunción de la ley que nos iguala.
- Como espacios lúdicos y de creatividad.
- Como ámbitos donde se revalore lo comunitario, entendido no como masa uniformada, acrítica, sino como una interacción de sujetos que se reconocen mutuamente como otros, diferentes, pero a la vez igualados por fuerzas que les permiten poner en juego la empatía, la búsqueda de comprensión de los otros, sus emociones, sus motivos.
- Como espacios en los que el grupo no se funde ni cobre fuerza a partir de la exclusión de otras comunidades o sujetos, donde la cohesión se busque a través de compartir problemas comunes, buscar soluciones, propiciar actividades, tareas, retos por asumir.
- Como células de generación de tribunas, así sean sencillas, para el desarrollo de proyectos y ensueños que posibiliten tomar distancia de la cultura del instante y del consumismo a ultranza.
- Como núcleos de apertura para la asunción de la historia, tanto la compartida en colectivos, como la historia de vida de cada sujeto que da lugar a las diferencias. Sería deseable una interacción que por la cualidad de las relaciones humanas, por el encuentro que se gesta, movilice ilusión como fuerza vital movilizadora.

- Como espacios de responsabilidad en los que la propia libertad encuentra un límite en el terreno en que el otro pide ser respetado.
- Ámbitos donde se reconozca nuestro potencial de conflicto, pero a la vez se cultive el diálogo, la espera, la apertura para buscar mediaciones, soluciones de compromiso, salidas que pongan coto a la destructividad.
- Como ámbitos, en suma, en los que se parta de que somos sujetos en devenir y se acepte que la vida no tiene un guión preestablecido, implica una permanente asunción de riesgos, pero donde queda la posibilidad de tendernos lazos amorosos, cálidos, de comprensión.

BIBLIOGRAFÍA.

- Avello, José y Muñoz, Antonio (2002) *La comunicación desamparada. Una revisión de paradojas en la cultura juvenil*, en RODRÍGUEZ, FÉLIX, *Comunicación y cultura juvenil*. Barcelona: Ariel.
- Baudrillard, Jean (2002) *Futuro y simulacro*, Sexta Edición, Barcelona.
- Braunstein, Néstor (1990) *El Goce*. México: Editorial Siglo XXI.
- Elliot, Anthony (1998) *Sujetos a nuestro propio y múltiple ser*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, Sigmund (1930). *El Malestar en la Cultura*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, tomo III: 3017-3067.
- Gerez Ambertín, Marta (2006). *Culpa, Responsabilidad y Castigo en el Discurso Jurídico y Psicoanalítico*. Buenos Aires: Editorial Letra Viva, tomo I.
- Legendre, Pierre (1994) *El crimen del cabo Lortie. Tratado sobre el padre*. México: Siglo XXI.
- Maffesoli, Michel (1990) *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masa*. Barcelona: Icaria.
- Martín Barbero, Jesús (2002) *Tecnicidades, identidades, alteridades-ubicaciones del Yo. De la comunicación en el nuevo siglo*. Lima: Diálogos 64.

- Pereña, Francisco (2004) *De la violencia a la crueldad*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Sarlo, Beatriz (2001) *Ya nada será igual*. Punto de vista. Buenos Aires.